



BOLIVIA

TEMPO LENTO

LOS matices diferentes de un carácter nacional suelen vivir en reyerta continua, incapaces de la aceptación o de la entrega que precisa la convivencia. Cuando se denuncia, por ejemplo, un «andaluzamiento» o cuando la moda gira hacia las cualidades de trabajo que facilita el Norte, se produce un trasiego de sensibilidades que puede marcar el ritmo que corresponda a la faena de cada día. En Bolivia parece que todo se hubiese plasmado gracias a un esfuerzo gigantesco, inspiración de una vida tensa, movida por los paisajes lunares de nuestro altiplano, en que cobra la existencia una aceleración vertiginosa, imagen rítmica de la absorción del hombre por la naturaleza. La historia política también parece despeñada en una avalancha continua; todo es estridencia y afirmación brutal, de la voluntad.

Pero, más allá de esa visión romántica que busca caracteres de tragedia y de desazón irremediable donde no se levanta más que un torbellino que es natural donde hay sequía de ideales maduros, está el campo tranquilo, de vida reposada en que se guarda la más pura realidad nacional.

Los historiadores y los artistas sólo han reparado, generalmente, en los datos externos que ofrece la vida boliviana. Sólo han captado las hondas conmociones que con tanta frecuencia se producen en la castigada tierra de Bolivia y que disuelven casi todo rasgo noble que pudiese encerrar una intención perdurable. Más allá de esta visión superficial, algunos defensores exaltados de la cultura nuestra, acentuaban aún con mayor fuerza las desgarraduras y la violencia que han señalado el desarrollo de Bolivia, poniéndolas en parangón con el brutal despeñamiento del paisaje para remontarse en un simbolismo mítico y naturalista, o subrayándolas alegremente, con toda la ufanía que da un historial trágico, heroico, violentamente viril.

Arriba: Bello ocaso sobre el paisaje bañado de ríos de Santa Cruz. A la derecha: Vista del escarpado Huaina, que bajo sus nieves guarda incalculables tesoros. Abajo: Club Andino Boliviano, en las cumbres del Chacaltaya. Debajo: Un ventisquero Andino lleno de reflejos.





Calle característica de La Paz que recuerda el colorido de las antiguas ciudades castellanas.

Pero, hay mucho más; no está todo en esa floja ilusión romántica. Hay una tranquila y deliciosa vida de intimidad religiosa en Sucre, y en Cochabamba una segura posesión de las tradiciones. No todo se desenvuelve en un loco desenfreno de odios políticos; por debajo de ese suelo falso pasa una fresca corriente de comprensión que aún nos sostiene con vida y que nos comunica a todos algo de los demás. A despecho de todas las grietas que se abren entre nosotros y sin que esto obste a nuestra rica diversidad regional, pocos pueblos habrá en la América española con tan unánime pulso para revelar las interiores transformaciones. Hay que recordar que fué a partir de esta honda tranquilidad doméstica que se desarrolló la más rica temática de Nataniel Aguirre. ¿No es el maravilloso engranaje de la sociedad criolla con la fiel laboriosidad de los indios una prueba paladina del mérito hispánico de nuestros hogares? Después vinieron las explotaciones innobles de la industria y de la empresa minera, que convirtieron en ruín aprovechamiento lo que había sido fermento de una cristiana caridad. Pero todavía queda algo de la ri-



Arriba: Un típico rincón del mercado de La Paz. Abajo: Grupo indígena en la bella ciudad de Potosí.



sueña vida campesina con todo su sentido de jerarquía y enseñanza, que hasta ahora ha mantenido viva la unidad de las tradiciones y la vertebración de los grupos sociales. Aun cuando los novelistas sólo busquen el tema trasnochado de los «picapleitos» explotadores y de la denigrante bestialidad de los cuarteles.

Sucre es una ciudad blanca, primorosa, mironiana. La ciudad recuesta su vida ingenua y evocadora en un silencio de campanarios y en un ambiente animado de orden patriarcal. Nada hay en esto de indolencia o de sofocante atmósfera de calma chicha; no es la ternura que en un dolorido sentimiento nos hace lamer con el recuerdo lo que fueran sus ruinas vivas. En nuestra América «que sueña a promesas de innovación, de futuro, de más allá», Sucre nos ofrece su vida concertada como un alto ejemplo de laboriosidad humilde, en que se congenian todas las dispersas intenciones de una vida solicitada al más allá.

También en La Paz todo es recogimiento, apacibilidad. ¿Nadie se ha fijado en la inocente vibración barroca de la iglesia de San Francisco, en cuyo exterior se asoma apenas la gracia intranquila de un pueblo niño, sin que exprese de ningún modo la angustia de una cultura híbrida?

Y, ahora que pienso en La Paz desde esta España en la que tantos fenómenos nuestros se repiten y se acla-



Dos aspectos del mercado de La Paz que recogen su bello ambiente indígena.

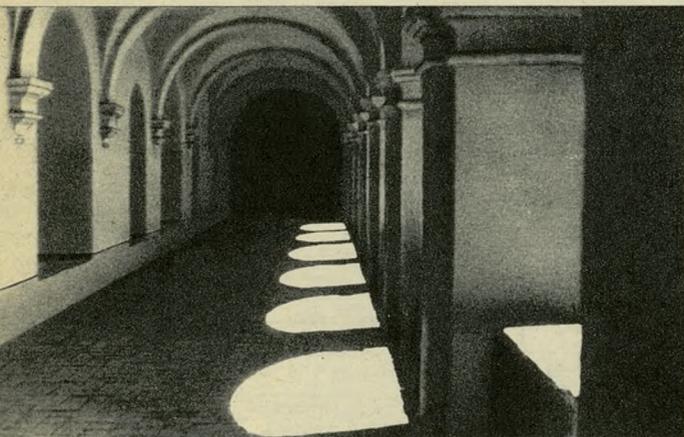
ran, recuerdo a Barcelona, de la que decía José Antonio Primo de Rivera que es mucho más que una ciudad mercantil, pues toda Cataluña es un pueblo profundamente sentimental. Nuestras ciudades hispánicas, cuando crecen orgánicamente, moviéndose con plena seguridad de líneas y sin la afanosidad de nuevo rico de una capital cosmopolita aplastada por las grandes masas, conservan siempre un aire puro, sentimental, de ilusionada burguesía. Así La Paz, con ciertas penosas excepciones: siempre un sello amable, familiar, comunica al activismo industrial o a la fiebre de construcciones y comercio un ritmo zarzuelesco de provinciana alegría. Así Sevilla, en la época de sus glorias, cuando los navíos de Indias la inundaban de riquezas: para reflejar el bullicio, al paso de las carretas, la «inacabable y espantosa máquina que sin cesar en montañas de plata» se iba almacenando, los cronistas de la época hablaban con un son tan blando e ingenuo —la abundancia «en lindo aceite y olorosos vinos»— que bien expresaba el impulso contenido con que la ciudad «alegre, apacible y deleitosa» iba creciendo.

En Tarija, en Santa Cruz, pueblos pequeños, sin atuendo arquitectónico, pero con la poética maravilla de su conjunto, la vida fluye también sobriamente, desmintiendo las leyendas de un desgarramiento tropical, y ligada a los centros orgánicos del país a través de hábitos conservadores que perpetúan la gracia y la tiesura de los hogares andaluces.

Cochabamba, activa, insurgente, avanza sin desprenderse de sus viejas casonas encaladas, en las que presta todavía el indio su servicio fiel e insuspicazmente; las «cholitas» van luciendo graciosamente el revuelo multicolor de sus faldas, conduciendo a veces por toda la ciudad, en una bandeja compuesta con primor, las gelatinas o los arropes



Panorámica de Potosí con el cerro al fondo.



Claustro de un templo de Sucre.

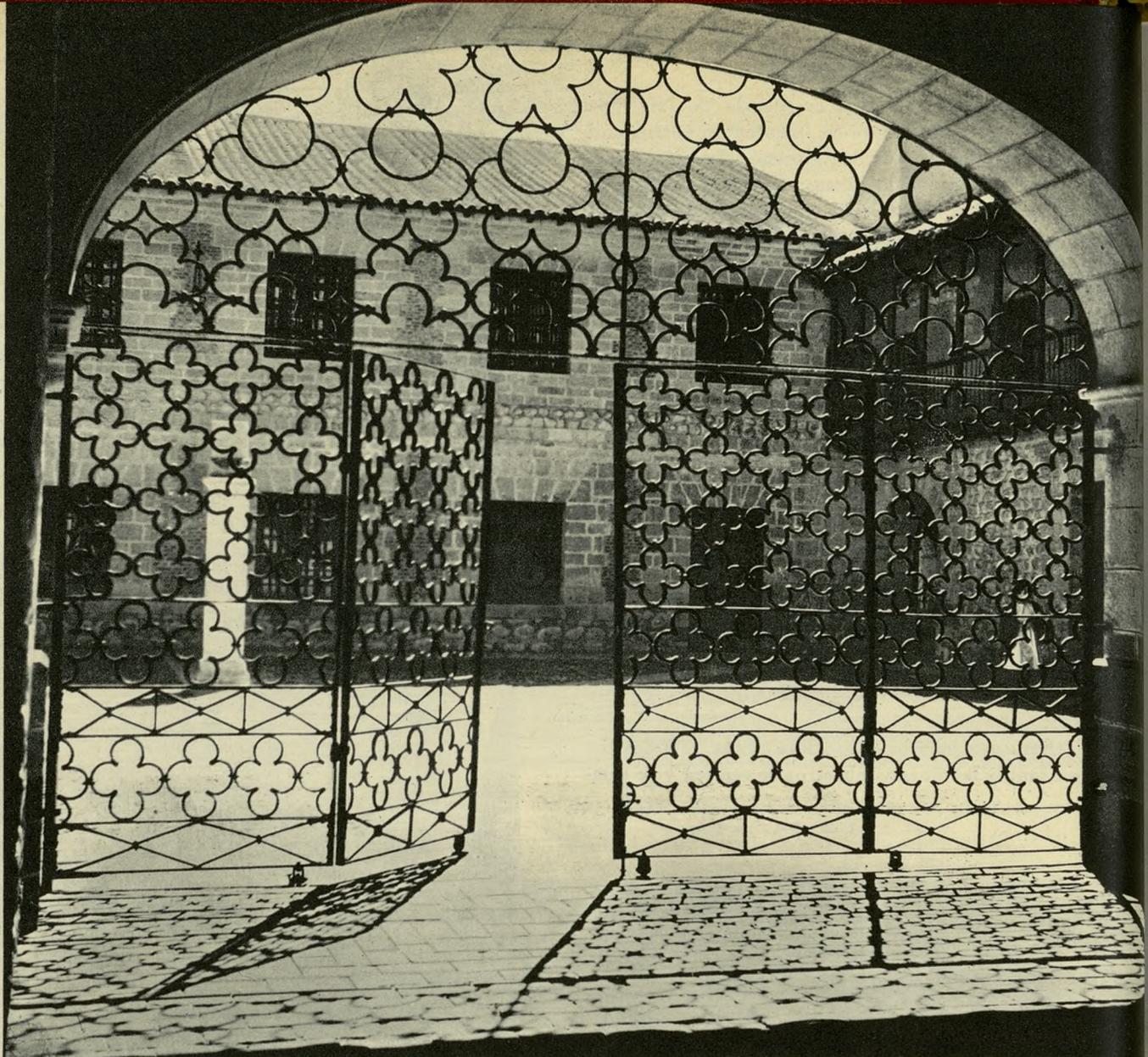


Patio de la Inquisición en Sucre.

aderezados con delicioso gusto de «pueblecito», con que se obsequian los señores de una casa a otra. Pasan recuas de llamas, vivas, inquietas, asomando o retrocediendo en el animado conjunto las chispeantes cabecitas, mientras los indios avanzan sin hostigarlas, con una calma regalona. También hay en Sucre cal y sol estallando contra los ojos, pero hay más uniforme placidez que en una barriada andaluza; no se corta el silencio con rasgueantes seguidillas y los rumores de la calle se alejan siempre con el paso vivo de los estudiantes.

Ni se arriman contra la pared soleada los chiquillos, con un airecillo desdeñoso; la gente discute zarandeando los brazos y derramando en el recogimiento andaluz de la población, el ajeteo, la picardía de un ambiente estudiantil como el de Santiago de Compostela.

Dicen algunos que el español no tiene intimidad y otros repugnan el ambiente azoriniano en que se abruma las vejeces de la tierra. Pero, es esta misma la intimidad española, tan penetrante en el aire que respira la sociedad que está al alcance de todos sin necesidad de abismarse en la soledad. Y ése es también el ambiente de Sucre o Cochabamba. No es una laxitud enmohecadora,



Arriba: Entrada al segundo patio de la Casa de la Moneda de Potosí. Abajo: una calle de la misma ciudad.



no es una melancolía añorante, no es una ternura de compasión. Junto a Azorín, Baroja. Dulce intimidad, ambiente de paz y de chocolate español; y al lado de esto, una brutal dispersión.

Pero, por hoy contentémonos con Sucre, con su olor de fanal y de cirios encendidos, en la piadosa costumbre de los hogares. Y veamos que no valen aquí las sospechas de Miró hacia la Oleza del Obispo leproso: «Los años aún no descortezaban los colores legítimos de la ciudad; ¡pero las gentes..!» Porque, ¿habrá poblaciones más celosas de lo suyo que las nuestras? Aun los descarríos de la politiquería y el intrincamiento de los Tribunales.

Sin contar con las brutales sacudidas, ¿no trasciende de los ajeteos políticos, tan pintorescos como reveladores de una gran salud intencional, un olorillo reconfortante de «picanteada» familiar?

A un observador europeo, las prácticas tiranas del abogado de pueblo, no pueden parecerle una monstruosidad sádica de «cheka»; a veces no pasan de pueril regocijo de una mala pasada.

J O R G E S I L E S
(Reportaje gráfico: CALDERON-LINARES)